

tros, y todos, según los oí nombrar quando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamentos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho, y lo que seria mejor y mas acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaque de caballería: calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos quan honrosa cosa es andar en este exercicio: si no, dime ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé, que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del

enemigo , como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo , y la que tú debes tener , Sancho , respondió Don Quixote ; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría , que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos , y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis , quando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada* , que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo , porque fuera que tenia la virtud dicha , cortaba como una navaja , y no habia armadura , por fuerte y encantada que fuese , que se le parase delante. Yo soy tan venturoso , dixo Sancho , que quando eso fuese , y vuestra merced viniese á hallar espada semejante , solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros , como el bálsamo , y á los escuderos que se los papen dueños. No temas eso , Sancho , dixo Don Quixote , que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero , quando vió Don Quixote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda , y en viéndola , se volvió á Sancho , y le dixo : este es el dia , ó Sancho , en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte : este es el dia , digo , en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo , y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos ; ves aquella polvareda que allí se levanta , Sancho ? pues toda es cuaxada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta , dos deben de ser , dixo Sancho , porque desta parte contra-

ria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quixote , y vió que así era la verdad , y alegrándose sobremanera , pensó sin duda alguna que eran dos exércitos que venian á embestirse , y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura , porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas , encantamentos , sucesos , desatinos , amores , desafíos , que en los libros de caballerías se cuentan : y todo quanto hablaba , pensaba ó hacia , era encaminado á cosas semejantes , y la polvareda que habia visto , la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino , de dos diferentes partes venian , las quales con el polvo no se echáron de ver hasta que llegó cerca , y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran exércitos , que Sancho lo vino á creer y á decirle : señor ¿pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dixo Don Quixote , favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos , y has de saber, Sancho , que este que viene por nuestra frente , le conduce y guia el grande Emperador Alifanfaron , señor de la grande Isla Trapobana , este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas , Pentapolin del arremangado brazo , porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues porque se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal , respondió Don Quixote , porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin , que es una muy hermosa y ademas agraciada señora , y es christiana , y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano , si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma , y se

vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero donde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dixo Don Quixote, lo que puedes hacer dél es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exércitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos exércitos. Hiciéronlo así, y pusieronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hiciéron exército, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, gran Duque de Quirocía: el otro de los miembros gigantes que está á su derecha mano,

es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson, quando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *miau*³⁹, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina hija del Duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebrá, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos

que pisan los Masílicos campos , los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia , los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte , los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo , los Numidas dudosos en sus promesas , los Persas en arcos y flechas famosos , los Partos , los Medos , que pelean huyendo , los Árabes de mudables casas , los Citas tan crueles como blancos , los Etiópes de horadados labios , y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo , aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis , los que tersan , y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo , los que gozan las provechosas aguas del divino Genil , los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes , los que se alegran en los Elíseos Xerezanos prados , los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas , los de hierro vestidos , reliquias antiguas de la sangre Goda , los que en Pisuerga se bañan , famoso por la mansedumbre de su corriente , los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana , celebrado por su escondido curso , los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apennino : finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios , y quantas Provincias dixo , quantas naciones nombró , dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian , todo absorto y empapado en lo que habia leído en sus libros mentirosos ! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna , y de quando en quando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes , que

su amo nombraba , y como no descubria á ninguno , le dixo : señor , encomiendo al diablo , hombre , ni gigante , ni caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto , aloménos yo no los veo , quizá todo debe de ser encantamento , como las fantasmas de anoche. ¿ Como dices eso ? respondió Don Quixote ¿ no oyes el relinchar de los caballos , el tocar de los clarines , el ruido de los atambores ? No oigo otra cosa , respondió Sancho , sino muchos balidos de ovejas y carneros : y así era la verdad , porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes , dixo Don Quixote , te hace , Sancho , que ni veas ni oyas á derechas , porque uno de los efectos^{4º} del miedo es turbar los sentidos , y hacer que las cosas no parezcan lo que son : y si es que tanto temes , retírate á una parte , y déxame solo , que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda : y diciendo esto , puso las espuelas á Rocinante , y puesta la lanza en el ristre , baxó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho , diciéndole : vuélvase vuestra merced , señor Don Quixote , que voto á Dios , que son carneros y ovejas las que va á embestir , vuélvase , desdichado del padre que me engendró ; que locura es esta ! mire que no hay gigante , ni caballero alguno , ni gatos , ni armas , ni escudos partidos ni enteros , ni veros azules , ni endiablados ¿ que es lo que hace ? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote , ántes en altas voces iba diciendo : ea caballeros , los que seguis y militais debaxo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo , seguidme todos , veréis quan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto di-

ciendo , se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian , dábanle voces que no hiciese aquello ; pero viendo que no aprovechaban , descñéronse las hondas , y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras , ántes discurriendo á todas partes decia : adonde estas , soberbio Alifanfaron, vente á mí , que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo , y dándole en un lado , le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho , creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido , y acordándose de su licor , sacó su alcuza y púsoela á la boca , y comenzó á echar licor en el estómago : mas ántes que acabase de embasar lo que á él le parecia que era bastante , llegó otra almendra , y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos , llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero , y tal el segundo que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse á él los pastores , y creyéron que le habian muerto , y así con mucha priesa recogieron su ganado , y cargáron de las reses muertas que pasaban de siete , y sin averiguar otra cosa se fuéron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta , mirando las locuras que su amo hacia , y arrancábase las barbas , maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á cono-

cer: viéndole pues caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díxole: ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alexándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor, llégate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa Maria! dixo Sancho: ¿y que es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la al-

cuza que él le habia visto beber , y fué tanto el asco que tomó , que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor , y quedáron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse , y con que curar á su amo, y como no las halló , estuvo á punto de perder el juicio: maldíxose de nuevo , y propuso en su corazon de dexar á su amo , y volverse á su tierra , aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Ínsula. Levantóse en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes asió con la otra las riendas de Rocinante , que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba de pēchos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas , y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo : sábeta , Sancho , que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo , y han de suceder nos bien las cosas , porque no es posible que el mal ni el bien sean durables , y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal , el bien está ya cerca : así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas ; Como no? respondió Sancho ; por ventura el que ayer manteáron era otro que el hijo de mi padre? ; y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ; Que te faltan las alforjas , Sancho? dixo Don Quixote. Sí que me faltan , respondió Sancho. Dese modo no tenemos

que comer hoy , replicó Don Quixote. Eso fuera , respondió Sancho , quando faltaran por estos prados las yerbas , que vuestra merced dice que conoce , con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso , respondió Don Quixote , tomara yo ahora mas aína un quartal de pan , ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques , que quantas yerbas describe Dioscórides , aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna ; mas con todo esto sube en tu jumento , Sancho el bueno , y vente tras mí , que Dios que es proveedor de todas las cosas no nos ha de faltar , y mas andando tan en su servicio como andamos , pues no falta á los mosquitos del ayre , ni á los gusanillos de la tierra , ni á los renacuajos del agua , y es tan piadoso , que hace salir su sol sobre los buenos y malos , y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced , dixo Sancho , para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes , Sancho , dixo Don Quixote , porque caballero andante hubo en los pasados siglos , que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real , como si fuera graduado por la Universidad de Paris : de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma , ni la pluma la lanza. Ahora bien , sea así como vuestra merced dice , respondió Sancho , vamos ahora de aquí , y procuremos donde alojar esta noche , y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas , ni manteadores , ni fantasmas , ni moros encantados que , si los hay , daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios , hijo , dixo Don Quixote , y guia tú por donde quisieres , que esta vez quiero dexar á tu eleccion el alo-

jarnos; pero dame acá la mano, y atíentame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dixo: ¿quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido: yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.